

The book cover features a dark, grainy background image of a doorway or hallway. A large, bright yellow rectangular area is overlaid on the left and top portions of the cover. The title and author's name are printed in black text on this yellow area. The title 'A través de la noche' is in a large, sans-serif font, and the author's name 'Stig Sæterbakken' is in a smaller, similar font below it. At the bottom of the yellow area, the translator information is written in a small font.

A través de la noche

Stig Sæterbakken

Traducción de Cristina Gómez-Baggethun y Øyvind Fossan

«La tristeza llega de muchas formas distintas. Es como una luz intermitente que se apaga y se enciende. Está ahí y es insoportable, luego desaparece porque es insoportable, porque es imposible tenerla ahí todo el tiempo. Te llena y te vacía. Mil veces al día se me olvidaba que Ole-Jakob había muerto. Mil veces al día, de pronto, lo recordaba. Y ambas cosas me resultaban insoportables. Olvidarlo era lo peor que podía hacer. Acordarme de él era lo peor que podía hacer. Era una sensación de frío que iba y venía, pero nunca de calor. Solo había frío y ausencia de frío. Era como estar de espaldas al mar. Se me helaban los talones cada vez que una ola rompía sobre ellos. Luego la ola se retiraba. Luego volvía». Cuando se afirma que el dolor nos hace más fuertes, no se tiene en cuenta el camino que hay que recorrer para armarse y seguir viviendo después de una pérdida que nos cambia para siempre.

A TRAVÉS DE LA NOCHE

Sting Sæterbakken

1

PUTA MIERDA DE LOS COJONES

La tristeza llega de muchas formas distintas. Es como una luz intermitente que se apaga y se enciende. Está ahí y es insoportable, luego desaparece porque es insoportable, porque es imposible tenerla ahí todo el tiempo. Te llena y te vacía. Mil veces al día se me olvidaba que Ole-Jakob había muerto. Mil veces al día, de pronto, lo recordaba. Y ambas cosas me resultaban insoportables. Olvidarlo era lo peor que podía hacer. Acordarme de él era lo peor que podía hacer. Era una sensación de frío que iba y venía, pero nunca de calor. Solo había frío y ausencia de frío. Era como estar de espaldas al mar. Se me helaban los talones cada vez que una ola rompía sobre ellos. Luego la ola se retiraba. Luego volvía.

Mientras estaba así, el sol se puso y se hizo de noche, y esa es la noche que dura desde entonces.

Los días siguientes al entierro no hice gran cosa aparte de ver la televisión. Parecía tener la esperanza de que si me quedaba así, inmóvil, absorto por lo que sucedía en la pantalla, el dolor acabaría desapareciendo y yo pasaría a formar parte de la otra realidad, esa en la que no existe el dolor. Una noche vi una película de la Pantera Rosa. Aquella en la que a Clouseau (Peter Sellers), durante el interrogatorio de una acomodada familia inglesa, se le queda la mano atrapada en el guante de una armadura antigua y transforma el salón en un campo de batalla antes de acabar su resumen a lo Poirot. Y de pronto no pude contener la risa. Aunque estaba convencido de que jamás me volvería a reír, acabé riéndome a carcajadas, como si un animal intentara salir a dentelladas de mi interior. Al final tuve que apagar el televisor; si hubiera visto la película entera, habría reventado.

«¡El puto televisor de los cojones!». Una noche que estaba fumando en el jardín en una pausa entre dos series que había empezado a seguir, vi la sombra de Eva cruzar el patio como un fantasma. Luego escuché un ruido procedente del garaje, pero no lo di mayor importancia. Cuando volví al salón, el televisor estaba destrozado y el mango del hacha sobresalía de la pantalla, que más parecía una masa negra y viscosa que un cristal hecho añicos. Eva estaba de pie en medio del salón, resoplando como si le faltara el aire. Por suerte —o por desgracia— Stine también estaba allí. Como me la encontré llorando agarrándose las rodillas, no me quedó más remedio que intentar calmarla. Mientras la abrazaba, me vino a la cabeza una de mis quejas más recurrentes durante el transcurso de los años: la cantidad de horas que Eva pasaba delante del televisor. Recordé que esa apatía con frecuencia me había atacado los nervios, una eterna pérdida de tiempo que ella defendía, si la entendía bien, como una desconexión imprescindible para sobrevivir mientras esperaba una nueva faena, como si su trabajo fuera lo único real y el resto del día solo estuviera destinado a reunir fuerzas para ser capaz de volver a él, como si hubiera desistido de ser quien realmente era cuando estaba en casa conmigo, con nosotros, como si se hubiera transformado en algo que reservaba para la jornada laboral, como si ya no necesitara esforzarse porque la tarea conmigo estaba finalizada, al contrario que la tarea con los demás. Todo esto me venía a veces a la cabeza cuando la veía recostada en el sofá, con la cara bañada en el resplandor de aquella pantalla que todo lo absorbía.

Después del destrozo del televisor, empecé a dar largos paseos en lugar de ver *CSI: Miami*, *Dexter* y los viejos clásicos de la TCM. Elegía rutas que no hubiera recorrido antes e incluso descubrí algunos senderos que no conocía. Por algunos de ellos tuve la sensación de que hacía años que no pasaba nadie, las ramas invadían la senda y me golpeaban el abrigo al pasar. Algunas veces, veía luces por la noche,

unas luces muy tenues a causa de la distancia, pero aun así visibles a través de la interminable serie de huecos en el follaje. En una ocasión, por ejemplo, de pronto vi ante mí el faro intermitente de un coche y, al poco, en la lejanía, un semáforo que cambiaba de ámbar a verde.

Cada vez que volvía a casa, me quedaba un instante parado en la entrada, aguzando el oído para averiguar si alguien estaba llorando.

Había tantas cosas que no comprendía... La brutalidad de las cosas. En la tienda, el modo en que la gente empujaba los carros de la compra, la manera en que revolvían todo en el mostrador de congelados o cómo conversaban a voces ante los estantes de verduras como si nada hubiera pasado. En la calle, el tráfico infernal, los conductores que corrían como alma que lleva el diablo y se abalanzaban sobre el claxon si alguien se demoraba un poco cuando el semáforo cambiaba a verde. Adolescentes que volvían del colegio en manada y parecían a punto de reventar de felicidad. Ruido por todas partes, coches circulando, gente charlando y música fuerte. Y todo ello para cubrir el abismo de silencio que se abriría si todo el mundo dejara de hacer lo que hacía. La gente hablaba, pero nadie mencionaba a Ole-Jakob. Putos cabrones de mierda. ¿Cómo podía ser? ¿De qué podían hablar ahora que él estaba muerto?

El mundo nos humillaba. Humillaba a Stine, que debería formar parte de aquella bulliciosa multitud, que estaba destinada a participar en aquel gran juego durante muchos años más y que apenas había empezado a hacerlo en el momento en que fue excluida. Aun así, yo sabía que dentro de un tiempo volvería a incorporarse. Y que lo más probable era que todo saliera bien, porque el tiempo lo cura todo. «El tiempo lo cura todo», otra humillación. La idea de que todo iría bien, de que Stine saldría adelante, de que no tardaría mucho en volver a disfrutar del baile de la vida, en sonreír y reír, en bromear y decir tonterías, de que se dedicaría en cuerpo y alma al eterno sinsentido que constituye

la existencia de la gente de su edad y de que era así como tenía que ser, de que se trataba de una etapa necesaria en el camino hacia su yo adulto. Stine se reincorporaría a todo eso con nuevos ánimos, era solo cuestión de tiempo. Aunque primero tenía que sacudirse el lastre, no del todo, pero sí lo suficiente para continuar viviendo entre sus semejantes, lo bastante para volver a bailar con ellos.

Durante los primeros días no dijo nada. ¿Qué podía decir? Cuando Eva o yo, cada uno con su propio temor a cómo podía sentirse la niña, intentábamos sonsacarle alguna palabra, se le ponía la cara rígida, dura como una piedra, o se echaba a llorar. Al final nos asustaba más el intento de hacerla hablar que aquello que podríamos haber averiguado si lo hubiera hecho. Cuando por fin rompió su silencio, no salieron más que tacos y maldiciones. PUTA MIERDA DE LOS COJONES, fue lo primero que la oí decir. Fue como escuchar a Eva, tenían las voces tan parecidas que se prestaban a confusión. El agente de la funeraria había venido a casa para gestionar los últimos detalles y acababa de marcharse cuando escuché la voz de Stine en la cocina. ¡PUTA MIERDA DE LOS COJONES! Sentí una punzada de alegría. ¡La primera señal de vida de alguien a quien dábamos por perdido! Me uní a ellas. Stine se había levantado, las palabras salían de su boca como un torrente, como un vómito, una detrás de otra, y las acusaciones nos acribillaban como una ametralladora. Eva alargó el brazo y apenas pudo rozarla antes de ser rechazada por un golpe. Al mirarlas, me di cuenta de lo parecidas que eran madre e hija. Stine era un poquito más guapa, como si hubiera cogido la cara de Eva y la hubiera perfeccionado. Y entonces me vinieron a la cabeza todas las ocasiones en las que Stine, cuando era más pequeña, se quedaba boquiabierta escuchando a su hermano hablar de esto y lo otro y lo de más allá, cómo lo miraba, y lo admiraba, y el modo en que dejaba en sus manos la conversación,

enviándolo por delante en el mundo para que luego pudiera contarle sus vivencias.

Yo me esforzaba constantemente por pensar en otra cosa, aunque era en vano, me fallaba la concentración y mis pensamientos eran como dibujos malos que había que romper al instante.

Eva no empezó a llorar hasta pasadas varias semanas. Pero un día, al regresar de uno de mis putos paseos de mierda, oí la aspiradora sonar en el salón y me encontré a Eva acurrucada en el suelo, gimoteando, como si ya se hubiera sacado todo el llanto y no le quedara más, pero aun así fuera incapaz de detenerlo. La incorporé. Pesaba como un hombre fornido y se aferraba al tubo de la aspiradora con tanta fuerza que tuve que arrancárselo de la mano dedo a dedo. La arrastré hasta el sofá, la tumbé y recliné su cabeza sobre mi regazo. En el suelo, quedaban unas grandes manchas de humedad en el lugar donde había estado tirada. Le acaricié el pelo intentando calmarla. «Shhhh, —le dije, como si fuera un niño—. Podremos con esto. Podremos con esto». Pero al decirlo percibí lo hueco que sonaba, lo vacías que eran las palabras que acababa de pronunciar, el vacío de aquello que me había vuelto a convencer a mí mismo de que quería —igual que cuando regresé después de «mi aventura»—, el vacío de todo lo que había sido, de todo lo que era y de todo lo que sería. Y fui consciente de que cualquier cosa que dijera, cualquier cosa que intentara hacerle creer, tarde o temprano, se revelaría como una promesa vacía, como un compromiso sin cobertura, sin vínculo alguno con la realidad, que acabaría destruyendo una vez más nuestra relación. Ella siguió tumbada sin moverse, pero al abrazarla, sentí que se le ponía rígido el cuerpo mientras la aspiradora continuaba rugiendo a las paredes como un animal salvaje. Qué vamos a hacer, pensé. Cuando esto haya acabado, cuando hayamos terminado con todo el dolor, cuando hayamos dejado esto atrás, en caso de que lo logremos, ¿qué coño vamos a hacer?

Sabía que Eva había estado ordenando el cuarto de Ole-Jakob, pero yo no había sido capaz de entrar en la habitación, no sé por qué. ¿Por miedo a que mi hijo siguiera presente en todo lo que había sido suyo? Al final me pesaba tanto no haber entrado allí que me sentía incapaz de hacer otra cosa hasta que lo hiciera. Elegí un día en que estaba solo en casa. Aun así, me quedé un buen rato parado delante de la puerta. Y estando ahí parado, caí en la cuenta de que hacía una eternidad que no entraba en su habitación, ni una sola vez había entrado desde que volví a casa, no había estado allí desde antes de abandonarlos para irme a vivir con Mona. Primero llamé a la puerta, luego la abrí y entré.

Eva no había ordenado nada. Todo estaba tal cual lo había dejado Ole-Jakob: montones de ropa en el suelo, cascos, toallas, CD's, revistas y latas vacías de bebidas isotónicas, cables, un bote de desodorante, un espray y la videoconsola como un pequeño islote en medio del caos. La puerta del armario estaba abierta, una cesta con ropa interior estaba sacada. En el marco de la ventana había una fila de esqueletos uniformados, estaban pintados a mano con mucho esmero y cada uno se sostenía sobre un pie de plástico. Pensé que aquello era lo único que guardaba un cierto orden en aquella habitación. El cable de la videoconsola estaba un poco pelado en el empalme con el enchufe, cuando me agaché para sacarlo, saltaron chispas del cobre al descubierto. Asustado como un niño, lo dejé enchufado.

Me senté en la cama. El edredón parecía húmedo y tenía una esquina descolorida. Miré el techo. Ya no estaban las fotos y los *posters* que en su día tuvo allí. Pero había algo escrito, con rotulador, en mayúsculas algo chatas: MAÑANA NO ME QUIERO DESPERTAR. Sobre la pantalla de la lámpara había una pegatina que estaba empezando a derretirse, la esquina superior se había enrollado formando un canutillo. Levanté el edredón. Debajo encontré el envoltorio de una chocolatina y un calcetín. Cogí el calcetín. Era blanco con

un ribete azul. La planta estaba negra de mugre y algunas briznas de hierba seguían atrapadas en la fina malla del tejido. Me pregunté cuántas veces les habría dicho a Stine y Ole-Jakob que no salieran descalzos al jardín. Y pensé en lo que también les había repetido hasta la saciedad, *os lo he dicho mil veces*, una frase con la que les encantaba confrontarme. En este caso, sin embargo, mis palabras habían tenido sentido. Me llevé el calcetín a la nariz y me mareó el olor acre de pies sudorosos. Seguí olfateando. Me aplasté el calcetín contra la cara y respiré a través de él. Fue como si un remolino de agua me succionara hacia abajo y me sentí desaparecer en todo su desorden. Fue una sensación maravillosa.

Un día me monté en un autobús e hice todo el trayecto hasta las afueras de la ciudad y de vuelta. Durante un rato me quedé adormilado y, al despertar, no tenía la menor idea de dónde me encontraba. Tenía la frente apoyada sobre el cristal de la ventana, que vibraba ligeramente al ritmo del motor, e intenté concentrarme en lo que estaba viendo. Me aferré con los ojos a los edificios y los vehículos que pasaban por delante a toda velocidad y empecé a inventarme historias sobre sus posibles propietarios. En cierto momento, el autobús hizo un giro y adelantó a un camión gris con el remolque lleno de gravilla. En el punto más alto de una ladera, distinguí una morrena cubierta de una maraña de raíces de plantas. Un jersey blanco tendido sobre una sábana me pareció un viejo rostro de ojos cansados y boca retorcida. También vi varias verjas e invernaderos, todos en muy mal estado, erigidos con el único propósito de deteriorarse, o al menos eso parecía. Pero cuando empezamos a acercarnos de nuevo a las grandes urbanizaciones, todo volvió a estructurarse, incluso la propia naturaleza, como si las personas, los animales, las plantas y hasta la ciudad se esforzaran por mostrar su mejor lado. Una pareja de jóvenes había ocupado los dos asientos delante de mí, la chica apoyaba la cabeza sobre el hombro del chico,

mientras que este, de vez en cuando, se echaba hacia delante para mirarla a la cara. Noté lo mucho que los envidiaba, a ambos. Había en ellos algo bendito y apacible, una despreocupación con respecto a un entorno que aún no era lo bastante fuerte como para sacudir los cimientos de su felicidad y su enamoramiento. A estos dos, pensé, el mundo no tiene nada que decirles. Nada puede alterarlos. Están en equilibrio. El amor y el deseo están repartidos por igual, todavía no se cuestionan quién de los dos echa más de menos al otro. Al salir, me di la vuelta y les dije: «¡Acordaos de este momento!». El chico dio un respingo, parecía aterrado y, cuando el autobús volvió a arrancar, los vi un instante al otro lado del cristal: me miraban como si hubiera intentado hacerles algo, aunque no comprendieran exactamente qué.

Creo que fue esa misma noche cuando Boris me habló de la misteriosa casa que estaba situada en algún lugar de Eslovaquia que no sabía concretar. Si contactabas con la persona adecuada y pagabas el dinero suficiente, al parecer una cifra desorbitada, te proporcionaban la llave y una nota con la dirección y una hora, una hora exacta en una fecha concreta. Y si entrabas en la casa justo en ese momento, te enfrentabas a tus peores miedos. Aun así, dijo Boris, había gente que aseguraba haber salido de allí con el ánimo aliviado, liberada de todos sus lastres, animada, contenta y sin rastro de ansiedad en el cuerpo. Se habían enfrentado a sus más espantosas fantasías y ya nada podía amenazarlos. Otros, dijo, habían vuelto con la cara descajada y deformada, hasta el punto de que incluso las personas más cercanas tenían dificultades para reconocerlos. Un hombre que volvió con la piel macilenta y la nariz desplazada a una mejilla, no dijo una sola palabra a nadie, se encerró en una habitación del piso en el que vivía y se quedó allí hasta que murió apenas unas semanas más tarde. Por lo visto hubo otro que, al salir de la casa, enfiló hacia unas vías férreas y se arrojó delante del primer tren de mer-

cancías que pasó y le cercenó la cabeza. Algunas personas que habían permanecido en la casa apenas cinco minutos, salían absolutamente convencidas de haber estado allí encerradas durante años. También los había que aseguraban no haberse dado cuenta de nada hasta mucho más tarde, cuando de pronto les venía a la mente el horror de los pensamientos que les habían surgido allí adentro. Y había quien decía que lo importante era mantenerse despierto, que la casa era llevadera siempre que no te durmieras, pero que si te dormías, no había vuelta atrás, estabas perdido.

Al principio pensé que se lo había inventado, que era una especie de recurso desesperado al servicio de la distracción, puesto que no me veía receptivo a ningún tipo de consuelo convencional. Le notaba en la cara que buscaba frenéticamente algo que decir para distraerme y, al menos por unos minutos, alejarme de lo único que me ocupaba la cabeza. Veía hasta qué punto deseaba hacerme pensar, por un breve lapso de tiempo, en cualquier cosa que no llevara el nombre de Ole-Jakob.

Boris se emocionó, habló por los codos y se explayó en los detalles. El hombre con el que había que ponerse en contacto se llamaba Zagreb. Me dijo que podías encontrarlo en un bar de Bratislava llamado «Neusohl», situado en el barrio que se extiende por detrás de la Reduta, la sala de conciertos de la filarmónica. Había que dirigirse al camarero después de pedir una Corgoñ y decirle que querías ver el lugar en el que «la esperanza se transforma en mugre». Me sonó como la trama de una novela de Boris Snopko. Y en realidad pensé que se trataba precisamente de eso.

Se pasó el resto de la noche fabulando sobre qué sería más probable que se encontrara él, en caso de que se atreviera a entrar en «la casa del miedo». En circunstancias normales, nos habríamos desafiado el uno al otro con el asunto, pero en esta ocasión ni siquiera necesitó preguntarme. Quizá tuviera ganas de hacerlo, pero como mi respuesta

era evidente, quizá tampoco fuera un gran sacrificio para él abstenerse.

Le agradecí el gesto. No en el momento, pero sí más tarde. Le agradecí todas sus historias. Ni le escuchaba ni estaba receptivo, en eso tenía razón, y sin embargo sí le escuchaba, como si una parte de mí archivara todo aquello para usarlo más adelante. Aunque en el momento me resultó tan molesto que tuve que contenerme para no echarlo. ¡Plantarse en mi casa con esos aires para intentar arrebatarme mi dolor! Era como si me interrumpiera durante una misa. Su empeño me ofendía, sus palabras de ánimo me sonaban a blasfemia. Pero una parte muy pequeña de mí reconocía sus esfuerzos y le quería por ellos, por aguantar sabiendo que nada de aquello lograba penetrar hasta mí, por dejarme a mi aire en aquel estado inaccesible y, al mismo tiempo, hacer todo lo posible para sacarme de él, por dejarme en paz y al mismo tiempo no hacerlo.

Más tarde pensé que debió de sentirse como si estuviera visitando a un amigo en la cárcel.

Mi ejemplar del único de sus libros traducido al noruego tenía doblada la esquina de la página treinta y algo. Trataba de una sociedad en la que, por problemas de superpoblación, habían decretado una ley que permitía a todos los ciudadanos mayores de edad matar a una persona sin ser perseguidos ni procesados por ello. Más tarde, cuando se pasó a escribir en noruego, buscó en vano a alguien que quisiera publicarlo. Tampoco logró que nadie tradujera lo que ya había publicado en su país. Y cuando, como último recurso, tradujo al eslovaco uno de sus textos escritos en noruego, su editor de antaño tampoco lo aceptó. Ignoro si había escrito algo después de eso, en cualquier caso daba la impresión de que ya solo usaba su vivaz imaginación para buscar todo tipo de explicaciones a aquel rechazo. Además invertía inmensos recursos en criticar todo lo que se publicaba, tuviera o no relación con sus propios libros. Y cuando estaba de humor, acusaba alegremente a los de-

más de robarle las ideas, por muy lejanas que a veces parecieran de cualquier cosa que se le hubiera podido ocurrir a él. Pasó a ser una especie de obsesión. Como nadie apreciaba lo que él escribía, él no apreciaba a nadie que escribiera. Todo ello con una intensidad tan sostenida en el tiempo que probablemente no le dejaba fuerzas para producir aquello que, de haber logrado salir a la luz, y esta era la premisa implícita a sus implacables críticas a los otros, habría superado a todo lo demás.

Cuando Ole-Jakob era pequeño, le conté un cuento que me fui inventando a medida que se lo narraba, a razón de un capítulo por noche, y que más tarde puse por escrito porque él me dio mucho la lata y envié a una editorial porque mi hermana, que se había enterado, pensó que no podía estar de más. Tras algunos retoques, se publicó bajo el título *El príncipe Sinsaberlo* y estaba dedicado a aquel que me había inducido a escribirlo, el mismo a quien me imaginaba leyéndoselo algún día en voz alta a sus hijos, después de enseñarles con orgullo la dedicatoria al comienzo del libro. El cuento trata sobre el príncipe Emmanuel del país de Onieron, que no sabe que es príncipe porque cuando era pequeño, su padre el rey Sander, que era viudo, se lo entregó a una familia de acogida para que tuviera una infancia normal en una familia corriente, para que fuera a un colegio normal, tuviera amigos normales y, en suma, no recibiera trato alguno de favor ni fuera criado entre algodones hasta que tuviera la madurez suficiente para conocer su espléndido origen. —¡Jo, qué rey más imbécil!— decía Ole-Jakob, angustiado por todo lo que se iba a perder el pequeño príncipe. Pero luego resulta que la madre de la familia de acogida, Bellamira, es una bruja que no puede tener hijos. Bellamira acaba cogiendo tanto cariño al niño que quiere quedárselo, así que lanza una maldición sobre el rey que le hace olvidar que tiene un hijo. Y así se pasan muchos años, el padre y el hijo, sin saber nada el uno del otro. En su soledad, el rey accede amablemente cuando un pa-